



II MEDITACIÓN:
EN EL CENÁCULO DE LOS ESCOLAPIOS
Y LA MUERTE COMO “ÚLTIMA MISIÓN”

EL CENÁCULO DE LOS MÁRTIRES: SALÓN DE LOS ESCOLAPIOS

1. Introducción

En esta tercera meditación vamos a acompañar a nuestros hermanos mártires en su “Via Crucis”. Paradójicamente se inició en el traslado desde el Seminario a un misterioso “cenáculo”. El salón de los Escolapios, en el que fueron recluidos, puede evocarnos -como veremos- la sala donde tuvo lugar la última Cena de Jesús con sus discípulos, y aquella magnífica conversación a través de la cual Jesús preparó a los suyos -después de lavarles los pies- para el desenlace de la Cruz.

Centremos nuestra atención en la vivencia que caracterizó su traslado y estancia en el salón de actos de los Escolapios, obligados previamente a abandonar el edificio del Seminario.

Dividiré esta meditación en cuatro partes:

- La última residencia como “Cenáculo”.
- La vivencia en el Salón: misterioso clima: eucarístico - formativo.
- La Eucaristía: Parusía anticipada y “puerta del cielo”.
- El salón como templo eucarístico - “Hoy estarás conmigo en el Paraíso.”

1. La última residencia como “Cenáculo”

Recluidos en el salón de actos de los Escolapios, éste se convirtió en su última residencia antes del final. En ella emergió, como una luz, una vivencia eucarística que no podemos olvidar.

a) El traslado

En la tarde del lunes, 20 de julio de 1936, unos sesenta anarquistas armados irrumpieron en nuestra comunidad de Barbastro, en que residían sesenta Misioneros Claretianos. Su finalidad era verificar si escondían armas, tal como se había propagado calumniosamente de los religiosos en aquellos años. A pesar de no encontrar armas, fueron detenidos. Los misioneros vestían sotana. Pero no encontraron ninguna. Aun así, toda la comunidad misionera fue detenida y encarcelada.

Los jóvenes, de menos de 25 años la mayoría, fueron encerrados en el Colegio de los Escolapios, en condiciones sumamente precarias, infrahumanas de carencia de la más mínima sanidad, en los días de unos meses de verano -finales de julio y comienzos de agosto- muy caluroso. Ese fue su espacio orante, comunitario y formativo para prepararse para el martirio. Allí se prepararon para aceptar gozosos el don del martirio y ser capaces de perdonar a sus asesinos.

b) La presencia eucarística “clandestina”

Según un relato, la Eucaristía constituyó el centro de su vida mientras estuvieron recluidos. Durante el registro dos sacerdotes lograron salvar la eucaristía, distribuyéndola en parte y escondiéndola en un maletín, y entre ropa.

Una vez detenidos en el salón de los Escolapios, que servía como prisión comunitaria, la Eucaristía se convirtió en el centro de su vida “mientras duró”. Se las ingeniaban para comulgar de la siguiente manera:

El Hermano Ramón Vall, quien no vestía sotana y fue destinado a la cocina de la prisión como un obrero más, les pasaba la Eucaristía cada mañana, les entregaba las *formas consagradas* junto con la ración de pan y chocolate que les daban. Estas formas consagradas se las entregaba cada día al P. Ferrer, Superior de los Escolapios, quien tenía cierta autoridad moral sobre los anarquistas porque bastantes se habían educado gratuitamente en el colegio. Esto permitió que los misioneros pudieran *comulgar bastantes días y fortalecer su espíritu* “como los primeros cristianos”.

Además, algunos de ellos habían logrado *guardar formas consagradas en el pecho* antes de salir de casa y se movían como “sagrarios vivientes”. Otros seminaristas y hermanos se acercaban disimuladamente a ellos para adorar al Señor en el sacramento. El estudiante argentino Hall -que por ser extranjero fue liberado- recordaría luego, “la avaricia espiritual” con la que se les acercaban disimuladamente los otros para adorar al Señor en el sacramento.

c) El ayuno eucarístico antes del martirio

Llegó el momento en que ya no pudieron comulgar. Las fuentes de que disponemos nos lo testifican de forma indirecta en la frase: “la Eucaristía constituyó el centro de su vida, *mientras duró*”; lo cual sugiere que hubo un momento en el que dejó de ser posible comulgar.

Las ejecuciones de los mártires de Barbastro se llevaron a cabo en distintos grupos entre el 2 y el 18 de agosto de 1936, y los grupos más numerosos del salón de los Escolapios fueron fusilados los días 13 y 14 de agosto, comenzando con seis de más edad el 12 de agosto. Es probable que a medida que avanzaba el tiempo de prisión y se intensificaban las ejecuciones, el acceso a la Eucaristía se volviera imposible, aunque las fuentes no detallan cuándo ocurrió exactamente la interrupción de las comuniones.

2. La vivencia en el Salón: misterioso clima: eucarístico - formativo

La presencia eucarística generó un clima misterioso de Presencia de Jesús en medio de aquella reclusión. Jesús-Eucaristía se convirtió en su formador.

a) Un paradójico espacio formativo

El salón de los Escolapios fue para ellos el espacio formativo que el Espíritu Santo les ofreció para prepararse y acoger sin odio, ni venganza, lo que parecía inevitable y superar las tentaciones que se les presentarían. Por eso, fueron llenando las horas con prácticas espirituales: oración, lectura clandestina del breviario, conferencias secretas, momento de meditación, el rezo del rosario e incluso cantar y animarse mutuamente para el martirio.

b) Comunión con Jesús y con los hermanos – sueños misioneros

Un contexto tan inhumano no fue capaz de destruir las relaciones de unos con otros. Al contrario, se afianzó muchísimo más la comunión entre todos: todos ellos para acoger lo que viniera con generosidad y valentía. Los sueños misioneros encontraron allá su expresión más fuerte que nunca, como también la pena por no poder hacerlos realidad después.

La Eucaristía fue el centro de la vida de nuestros mártires durante su encerramiento. La devoción eucarística fortalecía su fe y los preparaba para el próximo martirio.

La expresión “comunión de los santos” tuvo en aquel salón una de sus expresiones más elocuentes: sería un espacio adecuado para la reconciliación, el mutuo perdón, el intercambio de bienes espirituales. A pesar de las difíciles condiciones en que se encontraban tuvieron imaginación para escribir sus mensajes en papeles, en maderas, en los muros, en las escaleras. Aunque muchos de estos escritos se perdieron, otros se conservaron. Uno de ellos fue el de

Rafael Briega, que estudiaba la lengua china, le dijo a Hall: *“Hágale saber al P. José Fogued (Administrador Apostólico de Tonkin), que, ya que no puedo ir a China, como siempre he deseado, ofrezco gustoso mi sangre por aquellas misiones y desde el cielo rogaré por ellas”*. Otro seminarista escribiendo a su familia les decía: «al recibir estas líneas canten al Señor por el don tan grande y señalado como es el martirio que el Señor se digna concederme». Y otro escribía: «¡Viva el Corazón Inmaculado de María! Nos fusilan únicamente por ser religiosos» y añadía «No ploreu per mí. Soc màrtir de Jesucrist». También se conserva el documento firmado por 40 mártires “la Carta a la Congregación”.

3. La Eucaristía: Parusía anticipada y “puerta del cielo”

La Eucaristía es memorial de la última Cena de Jesús con sus discípulos y memorial de la pasión, muerte y resurrección de Jesús. San Pablo lo expresó así: *“proclamáis la muerte del Señor hasta que vuelva”* (1 Cor 11,26).

La Eucaristía es memoria, presencia y también anticipación del futuro, de la Parusía o última venida de Jesús. La Eucaristía, que hunde sus raíces en las comidas de Jesús, en su anuncio del Reino y en la última Cena (memoria), es presencia de Jesús allí donde estamos, en el hoy que vivimos, y también anticipa y hace presente el banquete escatológico y el Reino, el vino nuevo del reino de Dios.

Jesús en la Eucaristía es el cuerpo del Resucitado, un “cuerpo en expansión” que trasciende el espacio y el tiempo. Cuando comulgamos también nosotros entramos en “otra dimensión” (pasado, presente y futuro). La Eucaristía es -como decía Joseph Ratzinger- Parusía anticipada y la irrupción del “ya sí” en el “el todavía no”.

Parusía llamaban en tiempos de Jesús a la visita del Emperador a una ciudad. Parusía llamaban los primeros cristianos a la visita del Señor Resucitado a su comunidad: cada Eucaristía era para ellos la respuesta al Marana tha ¡Ven, Señor Jesús!... era la Parusía misteriosa del Señor. Cada Eucaristía es parusiaca, venida del Señor y, al mismo tiempo, tensión del anhelo de que se revele su oculto resplandor.

El Apocalipsis es la clave para comprender la Eucaristía y la Eucaristía para comprender el Apocalipsis. La visión de Juan se asoció explícitamente con la liturgia y el culto. El lenguaje cósmico y simbólico del Apocalipsis se asocia explícitamente con la liturgia y el culto... con el lenguaje litúrgico. El Apocalipsis se entiende mejor si se lee en la liturgia de la Iglesia, porque “descorre el velo”: cielo y tierra se unen. La Eucaristía es la cena nupcial del Cordero.

Y todo esto es posible gracias a la presencia y acción del Espíritu Santo: el Espíritu de la memoria (“nos recuerda”) y el Espíritu de la anticipación que suscita en la comunidad el Marana Tha, el ardiente deseo de la segunda venida del Señor, la cual es misteriosamente presignificada en el adviento sacramental de Jesús en los dones.

La tradición oriental insistía entre la estrecha vinculación entre la Eucaristía y la presencia del Espíritu y la anticipación del Reino de Dios.

La Eucaristía no solo recuerda la última cena de Jesús, sino que también mira hacia el futuro, hacia su regreso glorioso al final de los tiempos (la Parusía). Cada vez que los cristianos celebramos la Eucaristía, expresamos nuestra fe en que Jesús volverá y en que su Reino se hará realidad plenamente. Así, la Eucaristía es al mismo tiempo memoria del pasado, presencia de Cristo hoy y esperanza del futuro. En ella se anticipa el regreso de Jesús; se expresa nuestra fe y esperanza en la venida definitiva de Cristo; nos prepara para el encuentro definitivo con Él.

4. El salón como templo eucarístico. “Hoy estarás conmigo en el Paraíso”

En aquel salón de los Escolapios nuestros mártires vivieron “en clima eucarístico”: se prepararon para unir su cruz a la cruz de Jesús, su sacrificio voluntario al sacrificio de Jesús. La Eucaristía fue para ellos la “porta coeli” (la puerta del cielo) y la voz que les decía “hoy estarás conmigo en el Paraíso”. La Eucaristía fue para ellos “su viático”, el pan de la última etapa del Camino.

Nuestros mártires vivieron la Eucaristía en sus tres dimensiones: memoria de Jesús, presencia de Jesús y profecía del Paraíso. Para ellos la Eucaristía fue Viático, el Pan de la última etapa del Camino.

a) La capilla de la Resurrección en el museo de Barbastro.

Y ahora entremos en la capilla de la Resurrección. Al final del recorrido por las salas del museo de los Mártires Claretianos de Barbastro se encuentra la capilla de la Resurrección.

Si el recorrido por las salas del museo puede definirse “Via Crucis martirial”, el final del recorrido nos lleva a la “Via Lucis” o la capilla de la Resurrección. Allí se encuentra “Jesús resucitado bajo las especies sacramentales de la Eucaristía”. En la parte posterior, hay una Cruz grande junto con los 51 balazos de los mártires, lo cual se presenta como un *nuevo Calvario conjunto*.

Si dirigimos la mirada hacia el altar hay dos elementos que nos llaman la atención: *el sagrario* en forma de canastillo de pan, que recuerda cómo los mártires escondían la Eucaristía, y el *armonio o mediófono*, que nos trae el sonido y la armonía que siempre acompañaba sus cantos entusiastas y que acompañó hasta su último canto antes de morir y que acompañó a su último canto antes de morir.

b) El sepulcro vacío o “la cripta”

Finalmente, se baja a la cripta, donde se encuentran las urnas con los restos de los mártires, se siente estremecimiento, una profunda cercanía con ellos. La sensación en la cripta no es de pavor como al entrar en un cementerio. Se sabe que son sus “restos” mortales, pero se tiene la certeza de que ellos están en el cielo “más esplendorosos y bellos que nunca”.

La cripta se considera un lugar donde uno se puede sentir *tocado por el gran testimonio de fe, de fidelidad y de amor a Cristo, al Corazón de María y a la Congregación*. Se ha comparado la cripta con el *sepulcro vacío de Jesús*, viéndola como un signo visible de su resurrección. La compasión que suscita la muerte de los mártires en la cripta es vista como una *medicina que inspira a los misioneros a ser arraigados, audaces y entusiastas*, tal como lo fueron ellos.

El museo, que alberga los restos, testimonios, mensajes y recuerdos de nuestros mártires, es descrito como un relicario y un centro de peregrinación. Además, la cripta es mencionada como lugar de meditación en un plan de ejercicios espirituales sobre el martirio, específicamente vinculada a la idea de “Mártires en comunidad eucarística”.

5. Actividad espiritual: “Mi cenáculo interior”

- **Lectura orante:** Lee despacio el relato de los mártires en el salón de los Escolapios. Imagina que tú también estás allí, compartiendo su espera, su oración y su comunión.
- **Silencio y contemplación:** Dedicar unos minutos al silencio, pidiendo al Espíritu Santo que te ayude a descubrir cómo puedes vivir hoy la presencia de Jesús en medio de tus pruebas y dificultades.

- **Escribe una oración personal:** Inspirado en los mensajes y cartas de los mártires, escribe una breve oración en la que ofrezcas a Dios tus propios miedos, sufrimientos o deseos de fidelidad, pidiendo la gracia de vivir cada Eucaristía como un encuentro transformador.
- **Comparte (opcional):** Si estás en grupo, puedes compartir tu oración o una frase que te haya tocado especialmente.

II PARTE:

“LA MUERTE COMO ÚLTIMA MISIÓN”

0. Introducción

Hubo un tiempo en que los misioneros claretianos teníamos prescrito dedicar el día de re-tiro a meditar sobre la muerte. También lo haremos hoy, en el contexto de estos Ejercicios... porque “ni la muerte podrá separarnos del amor de Dios en Cristo Jesús”. Así lo experimentaron nuestros HERMANOS mártires.

1. La muerte de los mártires de Barbastro: cántico de sangre y esperanza

Tras su captura por milicianos anarquistas, los 51 misioneros claretianos fueron condenados a pena de muerte. La enfrentaron -no como víctimas, sino- como testigos. El crimen que les hizo merecedores de ella fue vestir la sotana, símbolo de una consagración que los unía a Cristo más allá de esta vida. Ninguno de ellos renegó de su fe y su vocación, a pesar de las ofertas para salvar la vida. Durante su encarcelamiento, fueron sometidos varias veces a “simulacros de fusilamiento” para aterrorizarlos. Esperaban segundo a segundo la descarga, una “agonía que no acababa jamás”.

A las ejecuciones -iniciadas el 2 de agosto de 1936- fueron llegando tras un *via crucis* colectivo. Ese día, a las dos de la mañana, dos grupos de veinte presos cada uno fueron llevados al cementerio de Barbastro y fusilados. Entre ellos estaban los tres misioneros PP. Munárriz, Díez y Leoncio Pérez. Murieron animando a los otros y mientras los fusiles apuntaban, sus voces resonaron con un «¡Viva Cristo Rey!». En el instante final, cantaron, imitando a Pablo y Silas en la prisión (Hech 16,25), transformando su miedo en alabanza.

En la madrugada del 12 al 13 de agosto, otro grupo numeroso de veinte claretianos fue llamado, atado y conducido en un camión hacia la carretera de Berbegal. Mariano Abad, un dirigente, les ofreció salvar la vida si se quitaban la sotana y se unían a los anarquistas. La respuesta fue unánime: «¡Viva Cristo Rey! ¡Viva la Iglesia Católica! ¡Viva el Corazón de María!». A pesar de los golpes, insultos y blasfemias, los mártires empezaron a cantar hasta el momento de la ejecución en la misma carretera. Después de fusilarlos, les dieron el tiro de gracia y los dejaron desangrarse antes de depositar sus cadáveres en una fosa común del cementerio. El 12 de agosto fueron ejecutados otros seis de los más mayores que quedaban en el salón, también en la carretera de Barbastro a Berbegal. A la oferta de apostatar respondieron también con un «¡Viva Cristo Rey!» y fueron rematados con el tiro de gracia en la sien.

Finalmente fueron fusilados -el 18 de agosto- otros dos claretianos que se encontraban en el hospital. Así se consumó el martirio de los 51 misioneros.

En su muerte, mostraron una admirable dignidad, actuando como auténticos misioneros y no como víctimas. Aceptaron gozosamente el don del martirio y perdonaron a sus asesinos. Varios repitieron las palabras de Cristo: «Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen». Su muerte fue un testimonio de su fe y adhesión a Cristo y a su vocación.

Dos seminaristas argentinos, Hall y Parusini, se salvaron por su nacionalidad y fueron testigos directos de los hechos para que quedarán en nuestra memoria.

2. Y ¿nuestra muerte?

La muerte de nuestros hermanos misioneros nos invita hoy a meditar también sobre la muerte que, en fecha desconocida, pero con toda certeza, nos llegará.

a) La mirada filosófica: entre el vértigo y la libertad

Filósofos de todos los tiempos han reflexionado sobre la muerte. Para los filósofos griegos -como Epicuro-, la muerte es el espejo de nuestra finitud. Para filósofos existencialistas -como Heidegger- nos definimos como «seres-para-la-muerte», o -como Sartre-, o como seres destinados al absurdo de una enorme fragilidad. Y Nietzsche llegó a decir: “Dios ha muerto”. Él hablaba de la muerte de los valores absolutos y el vacío existencial que esto deja en la humanidad. Ante el desafío de la muerte otros se preguntan: “¿cómo vivir sabiendo que moriremos? La poetisa y filósofa española María Zambrano escribió: «La muerte es la pregunta que la vida hace al sentido». En síntesis, la muerte -no es un tabú ni una cuestión marginal, es el gran interrogante que se hacen todos nuestros contemporáneos.

La muerte no es solo un evento biológico cierto, sino un horizonte que configura nuestro modo de estar en el mundo.

b) La mirada creyente: la muerte como umbral de la Vida

Para el cristiano, la muerte no es un muro, sino una *puerta*, la última noche que nos introduce en la Luz. Los mártires de Barbastro así lo entendieron: su entrega fue un «sí» resonante a la promesa de Jesús: «El que cree en mí, aunque muera, vivirá» (Jn 11,25). La teología nos enseña que, gracias a la Resurrección, la muerte es *sacramento*: un encuentro con el Amor que vence al sepulcro.

Como los mártires, estamos llamados a vivir cada día como preparación para ese abrazo definitivo. La «espiritualidad de la muerte» no es morbosa, sino esperanzada: recordamos que somos peregrinos hacia una patria donde «Dios enjugará toda lágrima» (Ap 21,4). La muerte, así, se convierte en *parto*: doloroso tránsito hacia la plenitud.

Incluso existe un “ars moriendi charismática”, el arte carismático de morir. Nuestros mártires de Barbastro fueron un ejemplo de ello. Su forma de morir fue auténtico arte cristiano.

La muerte es un fenómeno natural, pero también es el momento de la “decisión última”. En ella podemos orientarnos hacia Dios o rechazarlo. Ese será el momento en que podamos trascender nuestra finitud e ingresar en el espacio de Dios.

Nacimos de Dios y a Dios volvemos. Fuimos creados por amor y por amor nos entregaremos a nuestro Creador. La muerte no es final, sino culminación de nuestra vocación de hijos de Dios. Con esa convicción murieron nuestros mártires y como Jesús, entregaron a Dios su espíritu.

c) La “última misión” según nuestras Constituciones

La misión es ciertamente acción, pero también es pasión. Cuando enfermamos no dejamos de ser misioneros. La misión asume en ese momento el rostro de la “pasión”. Nos lo recuerda el número 45 de nuestras Constituciones:

“Ya que Jesucristo padeció por nosotros, dejándonos su ejemplo, cuando estemos enfermos soportemos la enfermedad y los dolores con humildad... sabiendo que con nuestra dolencia completamos lo que falta a la pasión de Cristo... ofrezcamos nuestra vida por la salvación de todo y pongamos toda nuestra esperanza en aquel que es nuestra resurrección y nuestra vida” (CC, 45)

Jesús sufriente en la Cruz llevó su misión a plenitud; y no precisamente cuando estaba actuando, sino cuando estaba padeciendo: cuando apenas podía hablar, cuando no podía so-

correr a nadie. Fue entonces cuando él exclamó: “Todo está cumplido”, o “¡Misión cumplida!

Misión no es sólo acción. No es sólo pasión. También es “testimonio”, que es la irradiación de la misión. El martirio es el momento supremo de identificación con Jesús en el acto supremo de su misión.

Nuestros mártires de Barbastro hicieron de su muerte el último acto de Misión... Y de sus días de martirio ¡la última misión!

Después de esta meditación sobre la muerte como última misión, inspirados en el testimonio de los mártires de Barbastro, somos invitados a mirar nuestra propia vida y vocación a la luz del misterio pascual. Ellos nos enseñan que el martirio no es solo un acontecimiento histórico, sino una llamada actual a vivir con radicalidad el seguimiento de Cristo, incluso en las circunstancias más adversas, haciendo de cada momento —y especialmente de la entrega final— un acto supremo de amor y fidelidad.

3. Propuesta de actividad espiritual

Esta actividad busca que cada uno de nosotros, no solo contemplemos el martirio como un hecho heroico del pasado, sino como una invitación personal a vivir la entrega cotidiana con la misma radicalidad y esperanza con la que los mártires abrazaron su “última misión”.

Oración personal y contemplación: “Mi vida ante la cruz”

- Busca un lugar silencioso y siéntate en actitud de recogimiento. Si lo deseas, coloca ante ti una cruz o una imagen de Cristo.
- Lee pausadamente el relato del martirio de los claretianos de Barbastro, deteniéndote en las frases o gestos que más te interpelen.
- Pregúntate en oración:
 - ¿Qué sentimientos despierta en mí el testimonio de estos mártires?
 - ¿Qué significa para mí, hoy, vivir mi vocación como «última misión»?
 - ¿Hay aspectos de mi vida o de mi entrega que necesitan ser purificados o renovados a la luz del ejemplo de los mártires?
 - ¿En qué circunstancias cotidianas estoy llamado a dar testimonio de Cristo, incluso a costa de incompreensión, rechazo o sacrificio?
- Escribe en tu cuaderno espiritual una carta a Jesús, ofreciéndole tu vida y tu muerte, pidiendo la gracia de la fidelidad hasta el final y la capacidad de perdonar como Él y como los mártires.
- Termina rezando lentamente el Padrenuestro y, si lo deseas, una oración espontánea por los cristianos perseguidos hoy en el mundo.

